

GRABADORES CÉLEBRES.



Lucerna pedibus meis verbum tuum.
Tu palabra, Señor, sirve de guía á mis pasos. Ps. cxix, 103.

LA AURORA COPIA DEL CUADRO DE LESSUEUR.

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO IV. 4.

GERARDO AUDRAN.

Gerardo Audran era descendiente de una familia de artistas que dió en dos siglos ocho grabadores de profesión, tres de afición, dos pintores y un asentista de tapicería en la fábrica de los Gobelinos. El miembro mas antiguo que de su raza se conoce, tenía por nombre Adam, y era dueño de un juego de pelota en la capital del vecino imperio. Su hijo llegó á ser oficial de monteros de Enrique IV y dió á Adam dos nietos llamados Carlos y Claudio. Carlos, que vió la luz en 1534, fué el origen de la fama de la familia, pues se dedicó al grabado, y tras él siguieron su ejemplo su hermano, sus sobrinos, su posteridad. Cultivó el talento de Gerardo, hijo tercero de Claudio, y con el tiempo el mas ilustre de su raza. Gerardo nació en la ciudad de Lion el 2 de agosto de 1640: su padre le enseñó el manejo del buril, pero su tío perfeccionó su educación artística. En 1660 se hallaba en París, donde trabajó hasta 1664, en que sintió el deseo de atravesar los Alpes, y estudiar en las grandes obras que producía la diosa de las artes, la inteligente Italia. Realizó su proyecto y pasó tres años en Roma, de donde Luis XIV le llamó en 1668. Fijó su residencia en París, y fué nombrado grabador de cámara pensionado por el rey, dándole alojamiento en los Gobelinos. Pronto dejó esta residencia, y abrió en la calle de San Jacobo una tienda, conforme al uso de aquel tiempo en que los artistas, uniendo la inspiración y el comercio, vendían públicamente sus obras y las de sus compañeros. Se asegura que en la capital del mundo cristiano, Carlos Maratti y Ciro Ferri le ayudaron mucho con sus consejos: Carlos Lebrun le prestó el mismo servicio en Francia, y se cree que le fué muy útil.

Efectivamente, pocos hombres habrán sido tan fáciles como él para la influencia de personas estrañas, porque titubeaba mucho y no sabía por lo comun que partido tomar. Entre sus primeras y sus últimas obras se nota una diferencia infinita. Fué nombrado consejero de la academia de pintura en 21 de noviembre de 1681. Su actividad no era menor que su mérito, pues dió al público trescientos quince grabados. Murió el 26 de julio de 1703, y fué enterrado en la iglesia de San Benito.

Sus ensayos en el arte no fueron á la verdad muy dichosos. Sus primeros grabados, mas parecen imperfectos bosquejos que obras acabadas. Se distinguen por cierta valentía en el dibujo, por ciertos toques que buscan el efecto y alguna vez le hallan; pero esto es todo: poco gusto, poca gracia, poca armonía. Las obras mas acabadas valen todavía menos; su prosaica languidez desagrada aun á los mas profanos. El trabajo es siempre uniforme, y los diversos objetos que se ofrecen á la vista, están presentados de una misma manera, con unos mismos cortes; los claros y las sombras se oponen con dureza. Algunas de sus obras mas parecen estampados que grabados: ningun inteligente hubiera supuesto al verlas al glorioso porvenir de Audran.

Poco á poco se desarrolló su gusto; adquirió firmeza su buril, y diversidad sus cortes; trazó sin dureza las formas, los planos de los objetos. *El imperio de Flora* y *Ulises descubriendo á Aquiles*, marcan la transición. *El rapto de Proserpina* y *Encas salvando á su padre*, anuncian un talento que toca á su plenitud; las *Batallas de Alejandro*, nos lo muestran en su perfección; la *Clemencia de Alejan-*

dro hacia Porus, la *Batalla de Arbeles*, la *Entrada triunfal de Alejandro en Babilonia*, son modelos acabados. En ellos se encuentran reunidos el atrevimiento del dibujo y el vigor del claro-oscuro, la delicadeza del detalle y la belleza del conjunto, el efecto y la armonía. El artista mezcla hábilmente todos los recursos del grabado, desde el corte mas profundo, al punto mas sutil: sabe manejar las transiciones con un arte infinito; variar sus toques siguiendo los objetos, y formar la verdadera perspectiva. Se distinguen desde lejos los ropajes y las carnes, en que brilla una destreza sin igual: ciertas partes tienen un relieve, una energía admirable; tal es en la *Batalla de Arbeles* el grupo de cautivos, á quien amenaza un guerrero con la espada desnuda.

En una palabra, no es posible hacer otra cosa mejor: se comprende, pues, que no haya sido preciso mendigar elogios para Audran. Emerico David admira sobremanera su modo de asociar en el trabajo el agua fuerte y el buril. «Este gran maestro, dice, se propuso disputar la palma á los artistas italianos, aun mas que á los de los Países Bajos. Si hubiese sido contemporáneo de Rafael, la Europa poseería un segundo Marco Antonio. En un siglo mas avanzado ha reunido tantos conocimientos y mucho mas arte. Su trabajo es tanto mas apreciable y tanto mas espresivo, cuanto que ofrece los efectos de una gran composición.

La conciencia de su mérito y de su poder le inspiró el arrojo de perfeccionar el dibujo de Lebrun, y el célebre pintor ganó; los italianos creyeron que igualaba dibujando á los gefes de las escuelas romana y florentina.

Gracias á la ligereza de su buril, reprodujo á Lesueur con no menor dicha que á Lebrun. En la lámina que lleva por título la *Aurora*, y que representa á la diosa en su carro, se encuentra toda la suavidad del artista francés, toda la armonía tranquila y límpida de su tinta.

Ved la estampa que representa á Guillermo de Limoges, celebre cantante que extasiaba entonces á todo París en el Puente Nuevo. ¡Qué agilidad! ¡qué destreza en el buril! ¡qué estilo tan libre y tan atrevido! ¡qué oposición entre esta imagen y el retrato de Jordan Hilling, camarero de confianza del papa Clemente IX! En esta última lámina domina la delicadeza. Edelinck no ha hecho nada mas delicado.

Las obras de Gerardo Audran, como las de casi todos los grabadores, ofrecen muchos trabajos secundarios. Estos son los hechos por encargo, en los que el artista no puede desplegar todos sus recursos, y á los que no debe concederse una grande importancia. En esta clase tienen cabida naturalmente los grabados de Gerardo que representan plataformas, grupos y ornamentos de los palacios de Versalles y Navona.

Hablaremos para terminar de una lámina muy notable ejecutada por nuestro artista: representa la iglesia de Saint Ouen, en Rouen; al pie de ella se leen unos versos celebrando el edificio.

El dibujo es poco exacto, como se comprende fácilmente; pero su objeto y la inscripción que le acompaña, son muy curiosos para los amantes de la arquitectura moderna, tanto tiempo olvidada por los ciegos admiradores del arte griego. Un pequeño número de indicios prueba que en el siglo XVIII no se desconocía enteramente la belleza de las construcciones góticas, y su rareza aumenta su importancia.

ESTUDIOS MORALES.

LOS DIAMANTES DE LA LUNA.

I.

ALBERTO Y CLARA.

Entre los caballeros y gentiles hombres que tenían el honor de formar parte de la servidumbre del rey en 1780, se encontraba el marqués Gaspar de Villiers, joven tan gracioso, tan elegante como el duque de Lauzun, y que desgraciadamente para él llevaba mas adelante que el mismo duque el gusto por un lujo ruinoso. El marqués de Villiers tenía relaciones con la señorita Raucourt, la estrella de la comedia francesa.

La joven trágica dejaba ya atras á Mad. Vestrix, á las dos Sain-Val, y aun tenía partidarios cuyo fanatismo la colocaba sobre la célebre Clairon. La señorita Raucourt se hizo distinguir desde luego por una prudencia escesiva: era una musa casta: pero bien pronto su inclinación natural a la tragedia hicieron de aquella Melpómene una Agle, y las necesidades del lujo quitaron á aquella joven todo pudor y reserva.

La señorita Raucourt tenía los caprichos mas escéntricos: amaba sobre todo los caballos, y se la veía frecuentemente vestida de hombre, algunas veces de húsar, recorrer los paseos públicos al mas desordenado galope.

Aunque buena ginete, Hermione muchas veces cayó en el suelo y las zarzas del camino arañaron su lindo rostro. Su afición á los caballos la hizo intimar con el marqués de Villiers.

Un sentimiento mas tierno siguió despues á esta intimidad, y bien pronto echó de ver el marqués que la caja de un banquero bastaria apenas á las prodigalidades de su querida.

Para evitar el arruinarse pensó en casarse, y su familia entró en tratos con Mr. de Roca Aguda, hombre de buena casa, aunque no de la primera nobleza, pero poseedor de una gran fortuna.

—Mi sobrino, decia el conde de Versac al marqués, tienes veinte y siete años ¿no es verdad? Has salido de la juventud; es preciso que te portes como hombre de juicio. El rey no te quiere, sobrino mio.

—¿Por qué? exclamó el marqués levantando la cabeza como un hombre cuya vanidad se ha herido.

—Porque como Lauzun, eres anglomano.

Y la anglomanía hacia cosa de treinta años que iba progresando en Francia, y sobre todo, en la corte. Luis XV habia manifestado muchas veces su repugnancia por ese capricho, y su nieto, Luis XVI, seguia las huellas de su abuelo.

—Has hecho últimamente un viage á Inglaterra, le dijo el tio.

—He acompañado allí á mi madre, señor conde.

—Has tenido relacion con los lores C..., K..., y sobre todo, con lord Maxwell.

—Amigos de la niñez.

—Boxabas como un carretero de Londres.

—Un poco mejor, señor conde, lo confieso.

—Todos tus criados son ingleses.

—Dos solamente: Dick, mi yokey, y miss Betzi, mi ama de gobierno. Dick es uno de los diablillos mas malos de Inglaterra; yo mismo lo he escogido: Betzi, es mi madre la que la ha traído de París.

—Diez y ocho años, replico el tio; una piel de seda, talle de ninfa, los cabellos rubios mas lindos del mundo; ojos capaces de hacer pecar á un santo.

—Señor, respondió el marqués con un poco de cólera; jamás me he ocupado ni del talle, ni de los ojos, ni de los rubios cabellos de miss Betzi: os ruego lo creais. Se halla en el castillo de Villiers, donde voy raras veces....

—Lo sé, sobrino mio, se apresuró á responder el conde; pero sé tambien que Villiers no está lejos de París, ni de Versalles, y que estas dos ciudades se preocupan mucho de esa joven, cuya belleza es singular. Piensa bien, sobrino mio, que todos tus bienes están hipotecados; que tus deudas son considerables, y que la señorita de Roca Aguda tiene doscientas mil libras de renta. El padre es bastante rico para reparar todas tus locuras, y lo hará con mucho gusto si su hija lleva tu nombre.

—¿Qué hay que hacer para eso? preguntó el marqués.

—Segun mi opinion, dos cosas: es preciso desde luego que vuestro corredor alazan no trote mas en compañía de un cierto caballo bayo.

—Un andaluz, ¿no es verdad?

—El mismo.

—Hablemos sin metáforas, señor conde: ¿es preciso romper con la señorita Raucourt? os lo prometo.

—Seria preciso despedir y mandar á Londres á miss Betzi, prosiguió el tio.

—Jamás, respondió el marqués; eso seria una bajeza, y hasta una calumnia.

—¡Oh, oh! exclamó el tio, una calumnia, sobrino mio.

—Sin duda; seria dejar crecer opiniones que jamás han existido, y en las que ni miss Betzi ni yo hemos pensado jamás. Vos no conoceis á miss Betzi, añadió el marqués; es una puritana.

No sabia el tio del marqués lo que es una puritana, y cesó, sin embargo, de pedir la despedida de miss Betzi, aconsejando á su sobrino que fuese á ver á Mr. Roca Aguda y activase la conclusion de un matrimonio que debia enriquecerle.

—Espero, dijo, que vuestro futuro suegro no habrá oido hablar todavia de miss Betzi. En todocaso, te aconsejo que la vigiles de cerca, porque su belleza causa ruido aqui, y sé que algunos elegantes de la corte tienen el proyecto de seducirla.

—El guardarse le toca á ella, respondió el marqués con una indiferencia real.

Pasaba esto en Versalles, en la calle Duplessir, donde el conde de Versac ocupaba una casita á dos pasos de palacio. El marqués se apeaba del caballo; venia con grande uniforme y habia acompañado al rey Luis XVI á una cacería de lobos.

—Vamos, se dijo el marqués despidiéndose de su tío; vamos á hacer todavía una visita á la señorita Raucourt, para romper con ella y no ocuparnos mas que de cosas serias.

Metióse en una silla de posta, tomando el camino de París, no sin pensar involuntariamente en aquella miss Betzi, de quien le suponian ocupado.

Habia mucha distancia en 1780 de un gentil-hombre tal como el marqués de Villiers, á una pobre ama de gobierno que no tenia mas que dos hermosos ojos, lindos cabellos rubios, y las sospechas de Mr. de Versac inspiraban al marqués una especie de indignacion que se parecia mucho al disgusto. Sin embargo, hemos visto que rehusó despedir á la jóven por un laudable sentimiento de honradez. Era un hombre de un talento esquisito, que trataba hasta cierto punto de sacudir el yugo de las preocupaciones. Amigo de D'Alembert, grande admirador de Montesquieu, asiduo lector de la Enciclopedia, habia ido á ver á Voltaire á Ferney; era, en fin, un espíritu pensador, un amigo de la libertad.

—Pero, decia con Voltaire, la libertad está hecha para las gentes acomodadas, y no para los zapateros y las criadas.

Llegó á París; se quitó su uniforme; se puso sus ricos y elegantes vestidos, que trazaban en otro tiempo una línea tan grande de demarcacion entre el hombre elegante y el hombre del pueblo. Una casaca de terciopelo bordada de oro; una chupa de seda blanca bordada con lentejuelas; calzon corto con medias de seda, y en los pies unos escarpines con los tacones encarnados; la espada con puño de acero y forro de piel blanca; sombrero de plumas bajo el brazo y derramando en torno suyo todos los perfumes del almizcle y del ámbar, el señor marqués atravesó así sus salones para ir á su carruaje, cuando vió en un rincón del vestíbulo una muchacha vestida modestamente con un vestido pardo y un gorrito de una forma estraña en sus rubios cabellos.

—Es miss Betzi, dijo el ayuda de cámara que acompañaba al marqués.

Detúvose el marqués, y dió en seguida un paso hácia la jóven.

—Miss Betzi, repuso el ayuda de cámara, ha venido á París á hacer algunas compras, y se vuelve á Villiers.

Hallábase el marqués á dos pasos de la muchacha, alargó la mano, y le acarició la barba.

—¡Pardiez! exclamó; mi tío Versac tiene razon en decir que sois muy bonita. Pero no basta eso, niña; es preciso tener juicio....

Miss Betzi, muchacha de un carácter firme y resuelto, quedó sin embargo asombrada y escandalizada de aquel lenguaje: en su conducta, segun ella, no dejaba de haber juicio, y el marqués no tenia derecho á meterse en sus afecciones, cualesquiera que estas fuesen.

—Es que, añadió el marqués, tengo yo noticias vuestras.

Y sin aguardar respuesta, pasó el marqués por delante; subió rápidamente en su carruaje, que le aguardaba en el patio de su casa.

Púsose pálida miss Betzi á las últimas palabras del marqués, y sus ojos se dirigieron hácia el fondo del vestíbulo donde en el intervalo de dos columnas que sostenian el techo, se agitaba una especie de sombra negra. Dirigióse Betzi á aquella sombra movable.

—Lo sabe todo, dijo, y su criado Francisco tambien.

La presencia del ayuda de cámara sobre todo, parecia haber ofendido la susceptibilidad de Betzi. Atravesó la sombra corriendo el vestíbulo; pasó rápidamente delante de la jóven, y se lanzó en pos del marqués.

Este, fiel á su programa, iba á hacer una visita de despedida á la señorita de Raucourt. Entra en la casa de la trágica sin hacerse anunciar; abre la puerta cual un hombre que no ha perdido todavía sus derechos, y penetra en el salon amueblado á la griega. La señorita de Raucourt vestida de Hermione, con los brazos desnudos, la boca contrahida por una desdeñosa sonrisa, declamaba las lindas escenas de Andrómaca delante de un Orestes cubierto con una clamyde griega, y sujetos sus rubios cabellos por una tira de lana blanca.

Al aspecto del marqués retrocedió Orestes, y abriendo una portezuela de escape, desapareció como un meteoro.

—¡Vaya un lindo mozo! dijo el marqués, pero es demasiado rubio para representar á Orestes. Deberíais aconsejarle que se cortase el pelo, y hacerle poner una peluca negra.

—¿No le habeis conocido? dijo riendo la jóven trágica, pues es uno de vuestros conocimientos, el señor Pembrock. Paga veinte guineas la leccion.

—Siento haberos interrumpido.... ¿Vais á hacer debutar al jóven lord?

—Nada de eso: se trata de un capricho de su gracia, como dicen en Lóndres. Milord casa á su hermana, y en las fiestas de la boda se representará una tragedia francesa.

—¿Y Shakespeare? dijo el marqués.

—¡Ah! Shakespeare, dijo la actriz con el mas soberbio desden, no es ya estimado sino por el populacho de Lóndres.

—¿Sabeis, marqués, que lord Pembrock me ofrece seiscientas libras esterlinas, si quiero hacer un viage de quince dias al Northumberland, y dar únicamente una representacion en las bodas de su hermana?

—Pues bien, mi amable *Monima*, mi seductora *Rodoguna*, replicó el marqués mirándose en un espejo que bajaba hasta el suelo, y colocando su mano en su bordada chupa: pues bien, es preciso ir al Northumberland á representar la tragedia.

—¿Pasar quince dias sin veros, mi querido marqués? dijo la actriz dulcificando el brillo de sus ojos; imposible.

—Sin embargo, yo tengo necesidad de quince dias de libertad, replicó el marqués.

—¿Y para qué?

—Para casarme, querida niña.

Nada era mas sencillo en la época de que hablamos, que semejante conducta: ni aun alteraba las relaciones establecidas: tratábase de contenerse únicamente durante algunas semanas. La señorita Raucourt habia dado tan buena cuenta de la fortuna del marqués, que sabia bien que aquel matrimonio era una precision en las costumbres del tiempo, y permitiria probablemente al marqués continuar sus liberalidades. Pero sea capricho, sea deseo de

hacer creer en una pasión que no tenía, la señorita Raucourt tuvo por conveniente representar una escena de celos. Esto estaba muy en armonía con el papel de Hermione, que estudiaba en aquel momento.

—Sois mío, señor marqués, jamás sereis de otra.... No se verificará ese fatal matrimonio: amante en la desesperación seguiré vuestros pasos, y nada podrá desprenderme de vos.

El marqués no estaba enamorado, y le importaba no representar en el mundo un ridículo papel. Aunque joven y bastante buen mozo para ser amado, no se dejaba engañar. La anglomanía que le echaban en cara le había servido al menos para tomar en las ocasiones difíciles un partido razonable, y no dejarse arrastrar por las salidas violentas de una actriz de cuya fidelidad sospechaba hacia muchísimo tiempo: además, acababa de comprometerse con su tío el conde de Versac; y por último, la fortuna y la belleza de la señorita de Roca Aguda le tentaban igualmente. Adelantándose, pues, con galantería hacia la señorita de Raucourt, la hizo sentar en un sillón, y abriendo la puertecilla que había dado paso á lord Pembroke, fué á sacar al joven inglés de su escondite.

—Señor Orestes, le dijo, robad á Hermione: yo voy á casarme con Andrómaca, seguro de que no me asesinareis al pie de los altares. Esta es una tragedia para reir.

Eizo en seguida un gracioso saludo; y antes que la señorita Raucourt pudiese volver en sí de su sorpresa había desaparecido.

—¡Pardiez! dijo para sí: si esta chiquilla de Raucourt se me pone á hacer la sentimental, la encerraremos en el fuerte del Arzobispo antes de seis meses, y antes de dos en el hospital.

Aguardaban al joven marqués en el hotel de Roca Aguda. Gracias á la solicitud del conde de Versac se hallaba el matrimonio mucho mas adelantado de lo que creía el mismo futuro novio. Fué introducido en el salon donde la señorita Ida de Roca Aguda se hallaba sola.

Era una joven hermosa, de alta estatura, rostro regular y gracioso, cuyo porte magestuoso no cedía en nada á la trágica belleza de la señorita de Raucourt. El marqués se había visto obligado á confesarse, sin embargo, que la mirada de aquella joven tenía algo de mas imperioso que la de la actriz, y que sus delgados labios anunciaban menos dulzura y afabilidad.

—Hará respetar mi nombre, y se atraerá el homenaje de mis vasallos.

Y queriendo aprovechar la casualidad que le permitía ver á la señorita de Roca Aguda sin testigos, se precipitó á sus pies, y besó la linda mano que le alargaba.

—Señorita, la dijo, permitid al mas decidido de vuestros servidores felicitarle por de pronto de la eleccion de vuestro padre.... Pero, añadió con una apasionada mirada, no me basta esa eleccion; es preciso que vos misma me digais que no os desagrada, y que soy bastante feliz para que sea mi demanda admitida.

No respondió nada la joven: una ambigua sonrisa se deslizó en sus labios; y hubiera podido el marqués leer en aquel rostro altivo un matiz de desden; no vió mas que el embarazo de un imprevisto encuentro. En tanto se hallaba siempre á los pies de la señorita de Roca Aguda que no le levantaba del suelo: la posición era incómoda para un

hombre habituado á la benevolencia de las damas de la corte, cuando un nuevo personaje entró en el salon: era el señor de Roca Aguda. El marqués se levantó entonces, y la señorita Ida se quitó de su cuello un rico medallon, que el marqués tomó por un relicario.

—Guardadlo siempre, señor marqués, le dijo, esto os dará suerte.

Era el retrato de la joven rodeado de un cerco de gruesos diamantes. En seguida hizo una ceremoniosa cortesía, y se salió del salon.

—Y bien, yerno mío, es negocio concluido; estais de acuerdo.... Teneis en vuestra mano la prenda del amor de mi hija: teneis su palabra.

Asombrado el marqués echó la vista sobre la alhaja que acababa de recibir. Era una miniatura grosera que ni aun tenía el mérito del parecido: el artista no había adulado á su modelo; pero el cerco era magnífico; eran diamantes de un brillo, de una pureza, y de un grueso admirables.

—¡Ah! ¡ah! exclamó riendo el señor de Roca Aguda; he pasado mucho tiempo en recogerlos.... hay aquí por valor de cincuenta mil escudos, yerno mío.

El futuro suegro del marqués era un hombre gordo, de una estatura encogida, rostro comun; se había enriquecido en las contribuciones, y sus derechos al nombre que llevaba eran dudosos; y como todos los tratantes de aquel tiempo queria hacer de su hija una marquesa, y de sus nietos verdaderos caballeros, ó mas bien, era la ambición de su hija la que le dominaba enteramente, y seguía el sus caprichos.

—Caballero, le dijo el marqués separando sus ojos de la preciosa alhaja, me permitireis no ver en esto mas que la imagen de la señorita Roca Aguda, y sentir que el pintor no haya sabido reproducir las gracias de su modelo.

—Si, si, respondió el señor de Roca Aguda, sé que los ojos están un poco separados el uno del otro, que la boca es demasiado grande; pero el cerco, señor marqués, debe suplir los defectos de la pintura. Ahora, querido yerno, hablemos del negocio.

Y Mr. de Roca Aguda, hábil financiero, probó en algunas palabras que conocía tan bien el estado de los negocios del marqués como los suyos propios.

—Estais arruinado, mi querido yerno, le dijo: si quisiérais pagar vuestras deudas apenas os quedarian cinco ó seis mil libras de renta: estoy seguro de lo que digo; he visto á vuestro mayordomo: pero antes de ocho dias cambiara todo; vuestras deudas serán pagadas; desembargados vuestros bienes, y sereis uno de los mas ricos caballeros de la Francia. Somos felices mi hija y yo en poder contribuir á la tranquilidad de un hombre como vos, yerno mío: sin embargo, tengo que daros algunos consejos, si me lo permitís.

Encontraba el marqués un poco familiar el tono de su futuro suegro; empero era preciso perdonar algo á un financiero infatuado con su fortuna, y además la necesidad le obligaba á someterse y á escucharle.

—Esperamos mi hija y yo, replicó Roca Aguda, que saldreis del cuerpo de guardias de corps.

—¿Salir de los guardias? exclamó el marqués. ¿Y por qué?...

—¡Ah, ah! dijo riéndose Mr. de Roca Aguda, mi hija está celosa: no tomará un marido para guardar al rey sino para

que la guarde á ella.... Además, es un servicio ruinoso.

La anglomanía había hecho al marqués hasta cierto punto despreocupado: acababa de leer á *Cándido*.

—Caballero, respondió, tendré á dicha hacer una cosa que sea agradable á la señorita Roca Aguda; ¿pero ha reflexionado bien lo que exige? ¿No es verdad que la ociosidad es el peor de los males, y lleva consigo la disipación y la ruina? Es preciso cultivar su jardín, como dice Voltaire, y además la profesión de las armas es la de un caballero, y...

—Olvidais, dijo el financiero, que aunque guardia de corps habeis disipado vuestra fortuna.

El marqués declaró que queria dejar si, 'el servicio de la casa real; pero con condicion de entrar en el ejército.

—Sobre eso os arreglareis con mi hija, dijo el financiero. Ella tiene mucho juicio, y hace largo tiempo que dirijo mi conducta por sus consejos.

¡Ah, yerno mio, conservad cuidadosamente el retrato de Ida, es un talisman.

El marqués de Villiers se retiró á estas palabras. ¿Qué hará? ¿Qué partido tomará?

Evidentemente no se le concedia la mano de la señorita Roca Aguda sin condiciones; ¿pero no era natural que un padre sensato tomase alguna precaucion para entregar su hija y su fortuna en manos de un disipador?

En cuanto á la señorita de Roca Aguda era muy hermosa y parecia haber concebido por él una pasión que no había tomado cuidado de ocultar: se domina frecuentemente á una muger sin amor, sobre todo si ella os ama. Perdonó el marqués al financiero las desagradables formas de su lenguaje, y se decidió á terminar un matrimonio que le enriquecía. Acordándose en seguida de su visita á casa de la señorita de Raucourt, temió con razon la cólera de la actriz, muger violenta y atrevida que podia causar un escándalo, no por un desquite amoroso en él que no creia, sino sencillamente por dar que hablar de ella.

—Es capaz, pensaba, de invadir mi *hotel*, y con el puñal ó la antorcha en la mano venir á apoderarse de mí como una *Medea* furiosa.

Esta era una alusion que se permitia el marqués al culto que la actriz tributaba, decian, á Baco.

II.

Sea de esto lo que quiera, el marqués se decidió á dejar á París, y á irse al castillo de Villiers.

—A Villiers, dijo á su cocher.

Una vez fuera de París y camino de su castillo, el marqués se puso á reflexionar. Repasó en su cabeza todos los sucesos que le habían ocurrido en el día: su cacería de lobos, ó mas bien, la caza de S. M. á la que había asistido: sus promesas á un pariente razonable y celoso de su futura fortuna: el rompimiento de una relacion poco moral: y en fin, una entrevista casi decisiva con su futura y su suegro. Había adentro otra cosa: un fantasma, una vision que había pasado ante los ojos del marqués.

¡Miss Betzi!

Había llegado la noche, una noche clara, y casi luminosa; el rio de ondas reales, cual le llama un poeta, rodaba tranquilamente sus amarillentas aguas: los grandes árboles del camino mecian bajo el azul de un cielo tacho-

nado de estrellas sus verdes cimas; y el marqués negligentemente tumbado en el fondo de su carruaje se puso á pensar en miss Betzi.

—¡Pero pardiez! se dijo; no sé por qué no me he ocupado nunca de esa chiquilla: es un rostro gracioso, dulce, atractivo, radiante de juventud, de encanto y de frescura. Comprendia bien que nuestros jóvenes señores del *Ojo de Buey* se ocupasen de ella: seria una adorable querida: es cien veces mejor que Raucourt..... Pero un momento..... es juiciosa..... me ha sido confiada por mi madre..... No puedo pensar en ella.

Imbuido en las nuevas máximas que comenzaban á infiltrarse en la sociedad, y llevado así á mirar como una preocupacion la casualidad del nacimiento, el marqués se preguntó en fin, si mientras él buscaba la felicidad en una rica alianza, no la encontraría mas bien en una modesta union, en una vida pasada lejos de la corte y del mundo. Era probable, esta era la opinion de Diderot, y aun la de ese Juan Jacobo Rousseau, tan perseguido, y sin embargo leido con tanta avidez. Pero esta nueva filosofía era entonces puramente especulativa; y aunque no careciese el marqués de sensatez y de razon, no era sin embargo hombre para hacer él mismo aquella experiencia. Encontraba además que la señorita Ida de Roca Aguda era hermosa y bonita, y al mismo tiempo no le perjudicaba su gran fortuna. Metió ligeramente sus dos dedos en el bolsillo de su chaleco bordado, y sacó el retrato de su novia.

Hemos dicho que la pintura era mediana, pero á la claridad de las estrellas el cerco brillaba con un resplandor sin igual.

—Es un talisman, se dijo: bueno, no me separaré jamás de él, y me atraerá la fortuna.

Hallábase absorto en la contemplacion de los hermosos diamantes reunidos á tanta costa por el señor de Roca Aguda, cuando se detuvo de pronto su carroza, y un hombre parado á dos pasos de la portezuela y á caballo le amenazó con el cañon de su pistola y le dijo en inglés:

—Señor marqués ¿teneis la bondad de confiarme ese retrato? Tengo necesidad de examinar esos diamantes de cerca.

Hallábase parado. Con tanta sangre fria como valor se metió el retrato en el bolsillo del chaleco, despues sacó una pistola de una de las bolsas del carruaje y tiró sobre el agresor. Herido el caballo en la cabeza cayó arrastrando en su caída al jinete. Mientras que el ladrón desmontado trataba de salir de debajo del caballo, el marqués abria su portezuela, bajaba del carruaje y se preparaba á completar su victoria en el camino real. Hemos dicho que era gran *boxador*; su adversario tenia el mismo talento, y comenzó el combate. No fué largo, porque con destreza igual el hombre mas fuerte debe vencer, y el mas vigoroso de los dos *boxadores* era el marqués.

Una vez tendido el ladrón en tierra, el marqués dijo á su cocher:

—Picard, no bajes del pescante; ten con cuidado los caballos para que no se desboquen, y tírame unas cuerdas.

Las cuerdas que pedía el marqués estaban siempre á mano del cocher, y preparadas para el caso en que uno de los tirantes de las guarniciones llegasen á romperse. Picard dió las cuerdas: un lacayo cobarde que el ruido del tiro había alejado volvió al llamarle el marqués. Amarra-

ron al ladrón; lo colocaron en el coche, al lado de su vendedo, y continuaron el camino de Villiers.

El desventurado ladrón echó una última ojeada sobre el cadáver de su caballo, y vertió algunas lágrimas.

—Este es un caso de High Wayman, dijo el marqués familiarizado con las costumbres inglesas.

Para comprender bien esta suposición del marqués es preciso saber que había en otro tiempo en Inglaterra una gran variedad de ladrones. No era indiferente el tener que habérselas con una u otra categoría: los *pick-purse*, los *high-fingers*, rateros, tomadores del dos, gentes de ágiles dedos, son honradas gentes que pueden colocarse en la clase de los industriales que en España roban pañuelos, relojes, ó cajas de tabaco. Cuando un gentleman después de haber pasado la noche en *Drurilane*, ó en alguna otra parte vuelve á su casa sin su bolsillo y con el gancho viudo de su reloj apenas se digna fijar en ello su atención. Son incidentes desagradables, pero que debe aguardarse el que se mete en confusiones entre la muchedumbre. Si al contrario es detenido en un camino real es una aventura: los ladrones con los que tiene que hacer se llaman *high-waiman*, caballeros de caminos reales: esta es la aristocracia de los ladrones. Podíase perfectamente confesar un encuentro con estos caballeros, que sabían conducirse decentemente y tratar á un lord como se merecía.

Un historiador inglés confiesa que hasta la mitad del siglo XVIII, cualquiera que fuese el camino por donde se fuese había gran riesgo de ser detenido y robado en Inglaterra, á no viajar en compañía y bien armado, porque todos los caminos se hallaban infestados de ladrones á caballo, especie de merodeadores de que los caminos de hierro han desembarazado completamente el país. Los terrenos labrados, que formaban entonces las orillas de los caminos reales de las inmediaciones de Londres se hallaban explotados por pillastres de este género. Estos filibusteros no tenían seguridad ni suceso en su estado sino en cuanto eran caballeros diestros y atrevidos, y sus maneras y su porte se hallaba en armonía con la belleza de sus monturas. Un excelente caballo era indispensable para este peligroso oficio; pero un excelente caballo es muy caro. Los *high-waiman* ocupaban, pues, una posición elevada entre los ladrones: frecuentaban los cafés á la moda, las casas de juego, y apostaban en la carreras con las gentes de calidad. Algunos hasta eran hombres de buena educación, y de buena familia. Una especie de interés novelesco iba tal vez unido al nombre de estos ladrones. Complaciase el pueblo en la relación de sus peligrosas hazañas; tomaba interés en sus amores, en sus milagrosas evasiones, en sus desesperadas luchas, y admiraba la generosidad que dejaban ver algunas veces, así como su varonil continente en los tribunales, y sobre el cadalso. Por ejemplo, contábase entonces en Londres, aunque la aventura fuese antigua, y el marqués de Villiers conocía estas anécdotas, contábase que Williams Revision, el gran bandido del condado de York, exigía un tributo trimestral á todos los tratantes de ganado del Norte, y que en cambio los protegía contra los ataques de los demás ladrones: decíase que pedía con la mayor política las bolsas, y que daba con mucho gusto á los pobres lo que quitaba á los ricos. Contábase también como Claudio Duval, el page francés

del duque de Richmond se hizo ladrón á consecuencia de singulares y extraordinarios acontecimientos: como fiel á las leyes de la galantería francesa detuvo al carruaje de una señora, y no le tomó mas que cien libras de cuatrocientas que llevaba consigo, permitiéndole conservar las otras trescientas con condición de que bailase un vals con él, lo que alegremente ejecutó, habiendo confesado mas tarde la señora que jamás había encontrado una pareja de baile mas agradable. La alegre galantería de Claudio Duval, seducía á las bellas, y su destreza en manejar la espada y la pistola le hacía temible á los hombres. Este atrevido ladrón fué preso un día después de una buena comida: las mas principales damas de Londres fueron á visitarle á su prisión, y pidieron su perdón á grandes gritos. A punto estuvieron de obtenerlo; pero el juez Morton, terror de los *high-waiman* amenazó con dar su dimisión si no se cumplía la ley. Claudio Duval fué ejecutado: después del suplicio fué colocado su cadáver en una cama imperial, rodeado de escudos de armas, de blasones, colgaduras negras y llorones; pero el mismo Morton hizo prohibir la pompa de estos insultantes funerales.

No tiene, pues, nada de extraño que el marqués de Villiers hubiese visto en lo que le sucedía un golpe de los *high-waiman*.

—¿Eres un *high-waiman*, muchacho? dijo el marqués á su prisionero.

—No, respondió tranquilamente el ladrón, soy amigo del jefe de las cuadradas de S. A. R. el duque de Orleans.

—¡Hola! replicó el marqués, si el jefe de las cuadradas de S. A. es tan honrado como su amigo, bien guardados estarán los caballos.

El prisionero se medio levantó para sacar la cabeza por la portezuela, y viendo su caballo que yacía en medio del camino:

—¡Pobre Sweet-Hart!

—Sientes mucho la pérdida de tu caballo.

—¿Por qué no me habeis matado á mí, señor marqués, mejor que á mi caballo?

—Vamos, un hombre vale mas que un caballo.

—No hubiera yo dado el mio por todos los que hay en las cuadradas del duque de Orleans.

—¿Que no hubiera aceptado el cambio! dijo el marqués. ¿Con que ese caballo era vuestro?

—Sí, señor marqués, un animal sin igual. El año pasado alcanzó el premio en las carreras de New-Margett.

—Sois inglés, y os ocupais en las carreras. ¿Por qué habeis traído vuestro caballo á Francia?

—Quería vendérselo al duque de Orleans... tengo necesidad de plata.

—¿Y el duque de Orleans no ha querido vuestro caballo?

—Al contrario: yo soy el que no he podido decidirme á separarme del pobre animal, y he buscado otro medio de encontrar el dinero que necesitaba.

—Ya lo entiendo, replicó el marqués con ironía; habeis visto en alguna parte, en casa del joyero, el retrato de la señorita de Roca Aguda y su cerco.

—Sí, señor marqués.

—Y os ha parecido mas gracioso privarme á mí del retrato de mi novia, que separaros de vuestro caballo.

Bajó los ojos el ladrón: esto era responder.

—Ademas, dijo el marqués, no tienes ya necesidad ni

de caballo ni de dinero: ya tienes hilada tu última corbata, y no la romperás.

—¿Quién sabe?... replicó el ladrón.

—Tienes razón: no sabemos lo que sucederá mañana; ignoramos aun lo que nos guarda la hora inmediata; pero según todas las probabilidades humanas, figúrate una punta de una cuerda en el patio interior de mi castillo: porque en Villiers yo soy señor de horca y cuchillo, y para un robo en camino real no hay que hablar.

Esto diciendo miraba atentamente el marqués á su prisionero: era un joven del rostro mas dulce y mas gracioso del mundo: sus ojos negros y vivos brillaban con un extraordinario resplandor: sus cabellos castaños se rizaban naturalmente; hallábase vestido como un *gentleman*, y su buen porte aumentaba las gracias de su persona; hombre hecho para seducir las *lady's*, y aun las damas de la corte de Francia, muy sensibles entonces, dicen, al mérito de un lindo caballero. No parecia abatido si no resignado: era un vencido; sufría su suerte.

—Poco ha faltado, le dijo el marqués, para que no consigueses tu designio: la casualidad lo ha hecho todo, ha querido que llevase pistolas en mi carruaje, precaución á que no estoy acostumbrado. Veamos, mocito, si yo ahora me hallase en tu poder como tú estás en el mío, me hubieras cogido este retrato, un diamante que llevo en el dedo, mi reloj, mi bolsa, y ¿qué hubieras hecho de mi persona?

—Nada de eso, señor marqués, respondió el prisionero: hubiera, sin embargo, metido el retrato en mi bolsillo.... era una apuesta.... Además, no hubiera tocado ni á vuestro bolsillo, ni á vuestras alhajas; pero despues de haber hecho huir á vuestros criados os hubiera rogado que montáseis en uno de los caballos del carruaje, y que me siguiérais.

—¡Ah, ah! ¿Y á donde, pues?

—A una casa de campo de que yo dispongo en los alrededores: hubiera tenido el honor de ofreceros una sopa conveniente; y despues del Champagne os hubiera rogado que me hubiérais hecho un pagaré de treinta mil libras pagaderas mañana por vuestro banquero.

—¿Y me hubieras devuelto el retrato de la señorita de Roca Aguda con los diamantes que lo guarnecen?

—Sin duda: yo sé que si os presentáseis delante de esa joven sin ese retrato se rompería vuestro matrimonio: la señorita Roca Aguda creería que el retrato se hallaba entre las manos de la señorita de Raucourt, de la que está celosa.

—Es probable: pero amigo, sabes mis negocios tan bien como yo.

—Casi, señor marqués.

—Muy bien; pero eso supone mi asentimiento: porque no se retiene al lado de uno contra su voluntad á un hombre á caballo, y no se le hace cenar sin querer.

—Os hubiera pedido vuestra palabra, señor marqués; y si me la hubiéseis rehusado os hubiera hecho saltar la tapa de los sesos.

Reflexionó un instante el marqués; y fijando sus miradas sobre aquel hombre resuelto:

—¿Cómo te llamas? le dijo.

—Roberto, respondió el prisionero, Roberto Davidson; pero en Inglaterra mis amigos me llaman *The-Fli* (la mosca), á causa de mi ligereza.

—Pues bien, señor Roberto Davidson, vais á ser tratado lo mismo que habíais proyectado tratarme á mí: cenareis conmigo.... la cena será buena: pasareis la noche en mi castillo, donde estareis bien custodiado: mañana por la mañana al salir el alba os ahorcarán muy bonitamente, señor Roberto, y estaremos pagados:—he aquí una aventura, pensó el marqués, que se ha equivocado de país; ha debido sucederme en el camino de Wilson, y me sucede en el camino de Versailles.

Algunos momentos despues llegaron á Villiers: pasó el carruaje sobre un puente levadizo que inmediatamente fué levantado, y Roberto Davidson depositado en una sala donde le quitaron las cuerdas con que estaba amarrado. Cual lo habia dicho el marqués, el castillo era seguro: anchos fosos lo rodeaban, y una multitud de criados, todos avisados del suceso y de la calidad del recién llegado, no le perdian de vista, y le quitaban toda esperanza de hacer la menor tentativa de evasión. Cuando fué servida la cena cumplió el marqués su palabra, y Roberto Davidson tomó asiento en la mesa con la soltura y desembarazo de un convidado bien criado. A creerle á él no era un ladrón sino un chalan, pero bastante instruido y habituado á las formas del mundo para poder hablar sin embarazo con el señor marqués. Aunque persuadido de que se hallaba en peligro su vida, y de que tal vez era aquella su última cena, Roberto cenó muy bien, y comió con el apetito de un verdadero sajón. Según la costumbre inglesa, al terminarse los postres levantaron el mantel para traer los vinos, y se retiraron los criados. Entonces el marqués llenó dos vasos y echó un brindis por su singular convidado.

—A vuestra salud, huésped mío, dijo.

—Un momento, respondió Roberto alejando su vaso, aunque yo esté en vuestro poder y sentado á vuestra mesa, jamás mi vaso tocará al vuestro antes de saber si la muerte de mi caballo es debida á un accidente fortuito ó si ha sido efecto de vuestra voluntad.

—Efecto de la casualidad, amigo: os doy mi palabra de honor que era á vos á quien yo queria matar.

—Sea enhorabuena, respondió Roberto.

Y vaciaron ambos vasos.

No referiremos las conversaciones de la mesa de los convidados: se resienten siempre de las escitaciones de la divina botella. Diremos con todo que el marqués habló de las muchachas bonitas de Londres como hombre que las apreciaba y conocia, y Roberto, como buen mozo que no tenia que lamentarse de los rigores de aquellas damas. Sin embargo, un matiz de inquietud pasó por la frente de Roberto.

—¿Qué teneis? le preguntó el marqués, ¿encontrais, tal vez este champagne frio para vuestro estómago? ¿Queréis Madera ú Oporto?

—No es nada, respondió Roberto: acabo de hablar con ligereza y lo siento. Cuando un hombre está enamorado seriamente cual yo lo estoy, no debería ocuparse de sus pasadas locuras.

—¿Estais enamorado?

—De un ángel, señor marqués.

—Pues bien, bebamos á la salud de vuestros amores.

Este brindis fué el último. La cabeza del marqués comenzaba á no estar segura, y dió tartamudeando la orden de no perder de vista á Roberto. Este fué llevado á su